

La Independencia, el Perú y América Latina

HISTORIA: la pregunta incómoda

Por Alberto Flores Galindo

La independencia, en sentido estricto, no fue un acontecimiento político nacional sino continental. Un capítulo en el enfrentamiento entre el mundo y Occidente: los inicios de la descolonización. La experiencia latinoamericana de entonces, es la experiencia contemporánea de África o Asia. Pero en esta comparación entre el presente y el pasado, la primera diferencia que se advierte es el "tiempo corto" en el caso del orden colonial español: en unos pocos años, entre 1809 y 1825, se derrumba un sistema que tenía la antigüedad de tres siglos.

En realidad las revoluciones y las guerras fueron todavía más aceleradas: en 1815 Bolívar era un insurgente fracasado que encuentra precario refugio en Jamaica, mientras en Sudamérica Buenos Aires se batía difícilmente contra los realistas. Diez años después los españoles habrán perdido un inmenso territorio que iba desde Santa Fe (ahora Estados Unidos), hasta las regiones australes de los araucanos: 15 millones de habitantes dejarían de ser colonos de España y las posesiones americanas de ésta se reducirían a dos islas, Cuba y Puerto Rico. En el siglo XX la historia, desafortunadamente, no sería igual. A la inversa de entonces la revolución emergió primero en Cuba, ese último bastión colonial español, pero no consiguió propalarse al continente, a pesar de los esfuerzos desplegados por los dirigentes cubanos y los ecos que la prédica antiimperialista encontró en los países vecinos. Desde 1959 a la fecha, sólo en Nicaragua una guerrilla ha conseguido el poder.

En el tiempo de la independencia latinoamericana España era ya una potencia colonial de segundo rango. El colonialismo ibérico fue definido en alguna ocasión por Pierre Vilar —parafraseando a Lenin— como la última etapa del feudalismo: es decir, la expresión más moderna de una época que llegaba a su ocaso. En correspondencia con sus cada vez más arcaicas estructuras sociales, el sistema colonial que implantaron en ultramar fue un sistema antiguo, establecido en el interior de los territorios conquistados y destinado exclusivamente a extraer materias primas. Mientras tanto, otras potencias europeas,



Simón Bolívar, la independencia no fue un acontecimiento nacional sino continental.

como Inglaterra u Holanda, modificaron sus sistemas de dominación atendiendo a la necesidad de expandir los mercados para sus nacientes industrias. Las colonias seguirían abasteciendo de productos agrícolas o mineros pero además servirían para realizar en ellas la producción metropolitana. Los cambios llegaron a Latinoamérica a través de las islas del Caribe en manos de ingleses o franceses. Un caso ejemplar sería Jamaica, donde comenzó, desde mediados del siglo XVII, a desarrollarse la monoproducción azucarera. Para ello se estableció el sistema de plantaciones, cuyo funcionamiento, exigía a su vez el comercio de esclavos y el abastecimiento de productos manufacturados en la metrópoli. Otras islas como Martinica y Granada, se ubicaron en el ritmo que imponía al mundo la revolución industrial. Mientras tanto, las colonias españolas y portuguesas —con la excepción de Cuba— se fueron quedando atrás. Cuba en 1820 tenía 700.000 habitantes (la mitad de los que tenía el Perú), de los que casi 300.000 eran esclavos, la mayoría laboraban en los 1.000 ingenios repartidos por la isla, algunos de los cuales ya habían introducido la máquina a vapor.

España cada día, en el tránsito del siglo XVIII al siglo XIX, quedaba más distante de Latinoamérica. No sólo porque su flota mercante estaba rezagada. También hay que tener en cuenta la infiltración constante de navíos europeos vía el contrabando. En busca de mercados llegarán a nuestras costas hasta barcos rusos. Pero existía un competidor más cercano: los Estados Unidos que después de su independencia se aproximaban amenazadoramente a los puertos del sur. En Paita, por 1805, era frecuente observar la llegada de barcos balleneros como los que saldrán en las páginas de *Moby Dick*. Finalmente, los mares entre América y Europa no están despejados: de por medio surgen los frecuentes conflictos entre España e Inglaterra.

En la metrópoli, además, aparecen bandos encontrados. Los partidarios de la modernización y las reformas, de un lado, los defensores del antiguo régimen, del otro. Este conflicto que silenciosamente atraviesa todo el siglo



rá en Lima. Pero el papel de Lima, fidelista hasta el final, no se explica únicamente por los cambios en el espacio colonial; cuenta también el temor que su clase alta tenía a los negros y a los indios, los escasos lazos entre la aristocracia mercantil y el país. En el Perú la independencia tuvo un capítulo prematuro: la revolución de Túpac Amaru. La quiebra del orden establecido no empezó en una ciudad y en la clase alta, sino en el mundo rural y el campesinado. Lima quedó a la defensiva y salvo excepciones, como el Conde de la Vega del Rhen o José de la Riva Agüero, sus aristócratas, jóvenes o viejos, fueron siempre realistas. Los comerciantes, apostando al bando perdedor, terminarían arruinados. Sus fortunas no pudieron nada ante el avance de los patriotas. España estaba cada vez más lejos.

Los revolucionarios de entonces, en cambio contaban con el respaldo inglés. Ha sido exagerado por ciertos historiadores pero no se pueden omitir los préstamos que otorgó Inglaterra o la presencia de soldados y oficiales británicos combatiendo en Boyacá y Junín. No fue una presencia inocente o desinteresada. Tras las tropas patriotas llegaban los nuevos comerciantes, muchos de ellos agentes de casas mercantiles inglesas que abrían sucursales en las ciudades liberadas. Pero entonces pocos advirtieron estas amenazas y muchos, en cambio, estaban dispuestos a mantener las puertas abiertas del país, o de las casas a la espera de un inglés para casarse, como lo mostraría Felipe Pardo en un drama político rescatado del olvido por Enrique Carrión: *Los frutos de la educación* (1830). Ese mismo año, el incidente con un navío de guerra de Su Majestad, mostraría que esos supuestos aliados estaban demasiado tentados a emplear la fuerza militar.

La quiebra del orden establecido no empezó en una ciudad y en la clase alta sino en el mundo rural y campesino. Lima mantuvo su fidelidad al Rey y la Corona.

“...En el tiempo de la independencia latinoamericana, España ya era una potencia colonial de segundo rango...”



Cuadrilla de negros festejando el 28 de julio de 1821. Acuarela de Pancho Fierro.

III español, estalla con ocupación francesa. Pe... la lucha no se confina a metrópoli. Llega a las colonias y aparece una... de partido liberal en... anterior mismo del ejér... colonial. Fue Heraclio... ulla, hace más de diez... os, uno de los primeros... rriadores peruanos en... r las repercusiones... los conflictos euro... tenían en Latinoamérica... Las clases altas que... sin sustento. España... la garantía del orden... onal. Aunque lejana, su

función equivalía al respaldo que otorga el oro y la plata al papel moneda; sin esos metales no sería más que simple papel. Eso ocurrió con las clases altas no porque fueran abandonadas sino porque España ya no podía garantizar la unidad inquebrantable del imperio.

En aquellos lugares donde estaban emergiendo nuevas clases dominantes, como Caracas o Buenos Aires, la crisis metropolitana fue una invitación a que

ellos pensarán en la independencia. No sucedió lo mismo en el Perú, donde la clase alta se había mantenido apegada al sistema antiguo y convencida que, en el largo plazo, su porvenir dependía de la solidez de sus lazos con España. En Lima las fortunas eran inferiores a las que se podían encontrar en México o Venezuela, pero aquí abundaban los títulos y las órdenes nobiliarias.

Los cambios que experimentó el colonialismo europeo en la época de la

ilustración no beneficiaron al Virreinato peruano. El libre comercio no agradó a comerciantes monopolistas como los de Lima. Menos la creación del Virreinato del Río de la Plata. Pero los cambios mayores transcurrían por encima de las voluntades políticas: el Atlántico desplazó definitivamente al Pacífico. Crecieron colonias y ciudades que disponían de puertos que daban a ese lado de América Latina. En 1786 la población de Lima pasa los 50,000 ha-

bitantes. Si son confiables las cifras que hasta ahora se disponen, pareciera que en el lapso de un siglo su población se duplicó, pero mientras tanto la de Buenos Aires se había multiplicado por 5 y México era definitivamente la ciudad más importante en las colonias españolas con sus 120,000 habitantes.

La independencia encontrará un terreno adecuado en Caracas y Buenos Aires. En cambio la reacción colonial se atrinche-

Las nuevas repúblicas eran potenciales mercados pero no necesariamente Estados cuya independencia debía respetarse. El Reino Unido tardó hasta 1833 en reconocer al Perú. El Vaticano demoró todavía más: en 1824, después de la batalla de Junín y antes de Ayacucho, el Papa León XII destinó una encíclica a los arzobispos y obispos americanos en la que defendía la obediencia a Fernando VII. No obstante esto, el Perú buscó mantener relaciones con la Santa Sede que, luego de múltiples tentativas de nuestra parte, sólo se iniciarían en 1852, cuando fue admitida la primera legación peruana en Roma. Para regresar al inicio de este artículo, aunque el actual embajador de los Estados Unidos en el Perú no es un virrey (en ocasiones ha sido algo peor: un policía), no es demasiado difícil imaginar lo que ocurriría con nuestras clases altas el día que perdieran el respaldo norteamericano. Por eso duermen tranquilos imaginando que la crisis ha quedado atrás y que la recuperación de la economía americana es irreversible. ¿Y si no fuera así? La historia no sirve para pronosticar el futuro, pero sirve en cambio para hacer preguntas incómodas